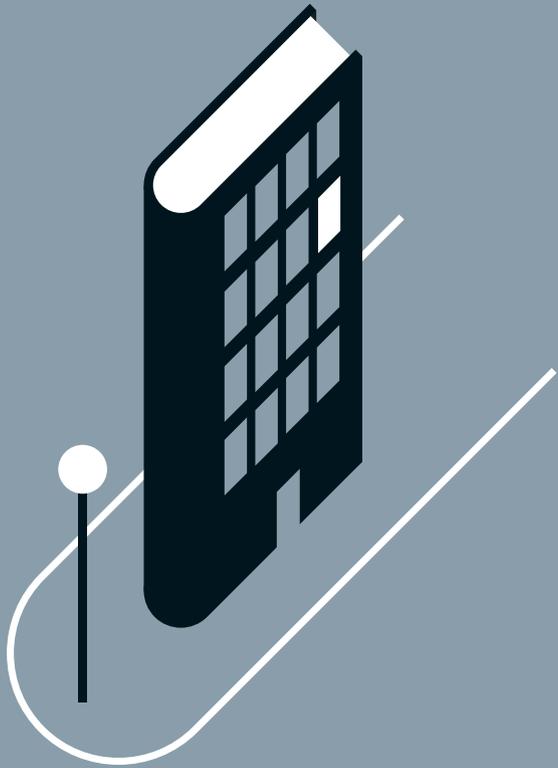


Avelino Fierro

Una habitación en Europa

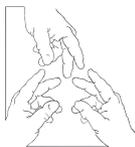
(Diarios 2010-2012)



EOLAS
ediciones

UNA HABITACIÓN EN EUROPA

Avelino Fierro



EOLAS
ediciones

A MAR

“Ave, acaba de mandar un correo Cecilia. Dice que no localiza a Konrad y que lo de conseguir alojamiento para Javi en Múnich va a ser complicado”.

Ahí, donde debería ir una frase que resumiera toda una vida de lector o todas las aspiraciones de un incipiente escritor, aparecen esas palabras tan humildes, adormecidas e insignificantes, que necesitan explicarse.

Las citas de los maestros, al inicio de un libro, dicen mucho de lo que luego nos vamos a encontrar, y antes de esa frase tan simple yo había elegido muchas, todas muy hermosas y sugerentes para que, ya desde el inicio, un aire cosmopolita y refinado inundase estos escritos.

Cuando me puse a la tarea aparecieron rápidamente dos de ellas: “Mais les livres ne contiennent pas la vie; ils n’en contiennent que la cendre”, de Marguerite Yourcenar, y “A city becomes a world when one loves one of its inhabitants”, de Lawrence Durrell, que yo había copiado al verlas citadas en un libro de poesía. La segunda frase siempre me traía al instante otra del mismo autor: las palabras de Pursewarden a Melissa en *Mountolive*, el tercer tomo de su Cuarteto, “Comment vous défendez-vous contre la solitude?”, y la respuesta de ésta: “Monsieur, je suis devenue la solitude même”. Cualquiera de las dos podría ser una cita adecuada para hablar de vida y escritura, al fin y al cabo, tan solitarias.

(Anoto aquí una hermosa casualidad. Siempre volvemos a lo vivido o leído. Hago un alto en la redacción porque llega Libertad del cole, y luego tardo en ponerme de nuevo a escribir. Me distraje con algunas cosas. Cuando hojeaba el último número de *Clarín*, el 100, vi que traía un artículo sobre el centenario de Lawrence Durrell que comenzaba así: “Volver a Durrell, como si la memoria aún navegase por las aguas del Mar Muerto, por el mundo abigarrado de calles donde los viandantes muestran los encantos de la ciudad de Alejandría, volver a los lugares amados por Justine, Balthazar, Melissa o Nessim. La mirada de cada uno de ellos aún hiere en la retina nostálgica de aquellos que leímos con voracidad *El Cuarteto de Alejandría*”. Yo soy uno de esos nostálgicos. Cuando lo leí ya no era un adolescente –tendría 25 o 26 años–, pero volví a tener esos ojos “cargados y nimbados de sombras del que ha pasado parte de la noche entregado a su vicio delicado y exigente”. Creo, con Harold Bloom, que sólo la lectura atenta y constante proporciona y desarrolla una personalidad autónoma; creo, con Samuel Johnson, que la literatura nos hace capaces de gozar mejor de la vida, o de soportarla mejor; creo, con Nietzsche, que sólo estéticamente hay una justificación del mundo).

Hace no mucho apareció otra cita que me gusta, de Rafael Sánchez Ferlosio, que Jon Juaristi pone al inicio de su libro *Tiempo desapacible*: “Retráete atrás a la noche, / tu patria y tu cuna, / aunque el alba de antaño / no vuelva nunca”.

Había otras que tenían que ver con el paso del tiempo, el amor, y variadas melancolías. Cortas, como el hilillo de la fuente; largas, como un caudaloso río. Todas sabias y rumorosas. Los clásicos, Quevedo, Cernuda, Machado y su Mairena, Baroja y un Bergamín ocurrente y ripioso. También Borges es un filón en su prosa y en sus poemas. Veamos una cualquiera

tomada de *El libro de arena*: “Repetidas veces me dije que no hay otro enigma que el tiempo, esa infinita urdimbre del ayer, del hoy, del porvenir, del siempre y del nunca”.

Otro día unos viejos versos me hicieron agradecidas señas y los anoté sin remedio: “ Il pleure dans mon coeur / comme il pleut sur la ville; / quelle est cette langueur / qui pénètre mon coeur?”.

Y eso, cómo no, me llevó de la V de Verlaine a buscar algo en la B, de Biedma. Y aquello, por conocido, querido, y quizá y extrañamente, poco espigado, fue un tremendo barullo. No pude elegir verso alguno sobre otros. También escudriñé en un párrafo que está en los ensayos de *El pie de la letra*, donde se habla de las lecturas de la infancia y que titula “De mi antiguo comercio con los héroes”, pero era demasiado largo. Aunque las palabras finales siempre me gustaron: “El hombre se venga de sus sueños corrompiéndolos”.

En otra ocasión, una tarde cualquiera, quizá después de leer a Steiner y de haberme tomado una dosis excesiva de benzodiazepinas, di con la frase siguiente de Gaya, que me pareció muy adecuada al sentirme yo eufórico en esos momentos, casi un *primus inter pares*: “Las obras vivas, vivas de verdad, no corresponden a una época determinada, son únicamente. Fidias, Miguel Ángel, Tiziano, Rembrandt, Velázquez, Cervantes, Shakespeare, Mozart, Tolstoi, Galdós, Juan Ramón Jiménez no son sino *fragmentos* de un solo y único espíritu... permanente. Son como distintos *estados de ánimo* del espíritu, y basta”. Lo dice Gaya, al preguntarle por Caravaggio, en una entrevista de 1992.

También se encuentra mucho material en Brodsky (me gustan los cuatro versos finales de “Invierno en Yalta”). Y en Pla. Tiene una frase cortita sobre Camba que a mí me gustaría merecer (¡Dios, qué presunción!) como escritor: “Tenía un horario incierto. Su vanidad fue nula”.

Y tantas y tantas otras que no dicen nada y lo dicen todo, que se sostienen, aleteando, con su extraña belleza. Como ese fragmento de la carta que Rilke envía a Clara desde su domicilio en Rue Casette, 29, en París, un viernes 11 de octubre de 1907:

“...Hoy ha sido magnífico ir a los “quais” del Sena, extensos, ventosos, fríos. Todos los últimos días grises, medio deshechos, se habían juntado a oriente, entre Notre-Dame y Saint-Germain l’Auxerrois –y ante uno, sobre las Tullerías, hacia el Arco de Triunfo, había una vastedad luminosa, ligera, como si por allí se saliera fuera del mundo. Un alto álamo en abanico jugaba con las hojas delante de aquel azul que no se posaba en parte alguna, delante de los esbozos incompletos, exagerados, de una vastedad que el santo Dios mantiene ante sí sin el menor conocimiento de perspectiva.

Desde ayer ya no llueve tan monótonamente. Sopla viento, cambia, y de vez en cuando hay momentos de feliz disipación. Cuando ayer por primera vez vi de nuevo la pequeña luna alzándose sobre la tarde color madreperla, comprendí que ella había favorecido el cambio y de él respondía. ¿Dónde estaré cuando, crecida, decidida, celebre sus recepciones en el cielo otoñal?” [...]

Para un tipo indeciso como yo, aquello era una complicación enorme: no acababa de dar con el autor ni la frase que quería poner al comienzo del libro para advertir al lector de cuál sería el aroma, el color, el tono de mis escritos. Pero todo podía ir a peor, y eso sucedió cuando comenzó la búsqueda del título. Fueron apareciendo algunos que, al poco tiempo, resbalaban y se perdían por el desagüe como esa agua mezclada con los tintes para el cabello. Ninguno se fijaba a la piel como un tatuaje.

Llegué a anotar unos ochenta. Me obsesioné con ello. Además, queriendo dar con la palabra justa, las variantes

—algunas absurdas— se iban enhebrando unas a otras, se enganchaban como las cerezas al sacarlas del cesto. Salía de casa a pasear y pensar en ello: “Los pasos quebrados”, “Los pasos contados” (¡no, ese ya está pillado!), “Pasos sin rumbo”, “Pasos en la niebla”, “Un paso de agujas”, “Un cambio de agujas”, “Un cruce de caminos”, “Pasos bajo la luna”, “Andar con cien ojos”, “Un paso en falso”, “Sin rumbo fijo”, “Caminos sin vuelta”...

Si miraba al cielo de la media tarde, podían surgir otros: “El lenguaje de las nubes”, “La inocencia de las nubes”, “El camino de...”, “El sendero... La ruta... Por la ruta... “Nubes de evolución nocturna”, “Viendo pasar las nubes”, “Nubes pasajeras”...

En otra ocasión me dio por títulos largos y melifluos, melosos, a la italiana, “Ahora esta brillante noche”, “También ahora pienso en ti”, “Una vez un gran amor”, “Este aire espeso del recuerdo”, “Quédate cerca de mí”, “Y vi pasar, sin dolor, el tiempo”.

Siempre me gustó “Donde da la vuelta el aire”, pero caí en que lo había usado Torrente Ballester. También “En tareas de amor y sosiego”, que creo que es de Cernuda. Y ese verso de Claudio Rodríguez, “que yo me iré donde la noche quiera”, que se convirtió en “Donde la noche me lleve”, que casi era definitivo.

Luego, todo volvió a embarullarse (“Las huellas de tus días”, “Al otro lado de tus sueños”, “Alerta corazón”, “Senderos de niebla”, “Almas de niebla”, “En ramas de niebla”, que es parte de un verso de Blas de Otero, “Otra noche en blanco”, “Ciudad en blanco y negro”), pero apareció, manteniéndose unas semanas en el primer lugar, “La ciudad sin sombra”, porque los paseos del escritor de estos diarios son de amaneceres o noctívagos, y porque “La ciudad sin nombre” era muy manido o evidente. Llegué a dibujar una portada para aquel título. Pero tampoco me convencía.

Convoqué una especie de concurso de ideas entre los amigos ofreciendo sacarlos en los créditos del libro y regalarles una caja de botellas de vino. Los paraba por la calle, les daba la tabarra en la taberna y mandaba mensajes por Internet. Encontraron uno bonito, “Nubes de verano”, pero estaba ya registrado por un cineasta y había que pedirle autorización.

Agustín propuso, bastante terco, que todo debía girar alrededor de la palabra esquina, o esquinada o esquinazo. Un día, en que nos habíamos reunido varios en Espinareda de Vega, reparé en que todos paseábamos por aquel bosque frondoso y encantado sin mirar a los niscalos o las ardillas, o a los pintureros y chillones arrendajos. Íbamos pensando en el título cabizbajos y silenciosos, hasta que uno se paraba en seco o daba un salto y decía las palabras: “¡A los cuatro vientos!”, “Ciudad sin sueño”, “A renglón torcido”, “Tantas noches en blanco”, “¡Oros y bastos!”, digo “¡Copas y oros!”, “¡Las cartas boca arriba!”, “Mi vida en tus manos”...

Eso duró varios días. Alguien podía llamarme muy de madrugada por teléfono con la mejor intención, tratando de poner su granito de arena. Alguno repasó el refranero entero porque, decía, aquello era un filón. Cosa de locos.

Todo acabó el día en que Mar dijo la frase que he anotado al inicio. Javi, el hijo, irá dos años a Alemania a seguir con sus estudios de música. Necesitaba encontrar alojamiento. En ese momento habían surgido la cita y el título para estos diarios. Todos hemos quedado muy agradecidos por este regalo inesperado. No sé si puede decirse que algo de poesía acababa de colarse en ese camino sin salida en el que andábamos metidos, pero sí la vida, la vida sin remedio y sin dar un ruido, con los pies descalzos. ¡Qué descanso! El mundo parecía volver a marchar acompasado.



las cervezas del aeropuerto,
villanueva 24 jul-2010.

DIARIO BEFORE LONDON

Este es un diario por encargo; trataremos entre todos (días y noches, azar y crepúsculos, el viento del pasado, risas y desvelos...) de cumplirlo.

A la salida de la exposición de fotografía la gente se dispersó por los bares próximos (la crisis también se lleva por delante esos detallitos tan agradables, como los regalos de empresa o el vino español de las *vernissages*). En el Nápoles estaban los *leteos* (leteo: dicese de cualquiera de los componentes de animoso grupo de jóvenes escritores y editores de exquisita revista, en la que quien esto escribe ha colaborado en un par de ocasiones). Pagué las cervezas y me acerqué al grupo de Cecilia Orueta, la fotógrafa.

Cecilia ha sido, durante mucho tiempo, restauradora. Recuerdo haberla sorprendido hace años abrazada a un enorme cristo yacente en el improvisado taller de un bloque de oficinas. Estaba intentando darle la vuelta para decaparle la espalda y la postura en que los encontré nos hizo soltar a los dos una carcajada ostentórea (ostensiblemente uno es víctima de los gazapos del infeccioso lenguaje periodístico).

Pero volvamos a lo trascendente. Desde aquel día Cecilia está unguida, aunque ella no lo admita, por el soplo divino; en ella se ha depositado la semilla del Supremo Hacedor. Y en lo que hace está buscando, escudriña en el precedente sagrado. Aunque, descreída como es y de ascendencia francesa, se lo podemos cambiar sin descomponer el gesto por algo más pagano: la aspiración a la realidad invisible de Platón o el misterio del *élan* creador bergsoniano. Tiene claro en pos de qué va. Ahora se dedica a la fotografía. Y habiéndose dejado durante tanto tiempo la salud subida en los andamios para recomponer enormes retablos barrocos, para elegir los colores, o los barnices o las lacas adecuadas, para inyectar el curalotodo en los poros innúmeros de una talla de San Cristóbal comida por la carcoma, para aplicar esa gotita de blanco de plomo en la apagada lágrima de la Dolorosa... ¿qué secretos va a tener ahora para ella el encuadre o la temperatura del color? El que fue cocinero antes que fraile lo que pasa en la cocina bien lo sabe.

El caso es que anduve el resto de la noche como desmalizado con la historia del diario. Salvo los momentos de obligada atención en la partida de cartas que se armó en el Cuervo o en aplicarme al cimbreo pélvico con la música de los sesenta que pinchó luego Edu en el Moloko, no pude quitarme de la cabeza que tendría que buscar temas y tono para escribirlo. Podría ser real o imaginario. Podría bucear en los recovecos de lo íntimo o mostrar los externos aconteceres municipales o siderales. Me tranquilizaba algo el que partiera de salida con una buena coartada: mira, me lo han pedido para una revista, qué le voy a hacer; ya sé que no soy escritor, ni político, ni rico de familia, pero no voy a dejar al editor –del que todos me dicen que es un tipo estupendo– en la estacada.

Repasaba entre los diaristas conocidos y trataba de elegir el modelo. Recordaba a Pla, Ruano, Manent, Gaya, Gaziel...

y me entraban sudores fríos: era una tarea imposible. No se puede emular a quienes estuvieron tocados de alguna manera por la Gracia.

De esos otros diarios, abundantes entre los jóvenes escritores, en los que se quiere vivir como Verlaine, pero sin la pátina pobretera y decadente de la vieja bohemia, y que escriben bastante peor que Bukowski, no podemos esperar ayuda.

Era ya muy de madrugada cuando me decidí: como unos días antes Alma y yo habíamos hablado de viajar a Londres, haría una especie de diario inglés. Lo inglés lo prestigia todo; es una etiqueta que vende una aristocrática elegancia. Se ve claro en el tenis de Wimbledon: los jugadores pueden ir a cualquier torneo hechos una facha (las hermanas Williams suelen llevarse la palma), pero allí el blanco immaculado es obligatorio y conjuga bien con los otros colores oficiales, el verde y el turquesa. Es increíble cómo cuatro raros que habitan en ese cachalote varado en el Atlántico siempre han tenido su imagen de marca. Bueno –me decía–, no sé nada de inglés (como mucho, algunos títulos de canciones de los Beatles), pero entre lo que allí suceda y las anécdotas de algún amigo importante o escritor o noctámbulo, se llenan unas páginas. Pero –volvían los reparos– el límite del castellano (ah, ahora recuerdo aquello de la “falsa lengua materna” de que hablaba Kafka) me va a llevar a captar mal la idiosincrasia anglosajona. No podré contar bien la luz mortecina de los pubs ni el reflejo mate de la espuma de una guinness... Al rato encontré algo de consuelo en aquella frase de Proust “los libros famosos están escritos en una especie de lengua extranjera...”.

Tanta disculpa para escribir, casi pidiendo perdón por no existir, por no vivir una vida de novela, no presagiaba nada bueno.

*

En el año noventa y tres llevé un diario. Eran tiempos como los de hoy, de crisis económica. También de cambio climático, aunque debía de hablarse menos de ello. Quizá las cosas no cambien tanto como nos dicen los periódicos. Anoto una de las entradas: “Estamos a primeros de abril y hace muchísimo calor. La sequía hace estragos en el Sur y los agricultores preparan una marcha a la capital del Estado. Los viejos icebergs se funden en el Norte. Si no cambia el tiempo, se consumará el desastre ecológico, crecerán las aguas saladas y por la Gran Vía desfilarán los olivaderos, los huertanos, las morsas, los elefantes marinos, los fletanes...”. Ya me joroba pensar que puedan tener razón el primo de Rajoy y Tacho Getino.

*

A Alma, mi mujer, le gustan los idiomas. Se lleva bastante bien con el francés, pero le ha cogido manía al inglés desde que se le atravesó un *listening*. Y es una tímida irresponsable en esa lengua. Así que viajaremos con Alissa y Álvaro. Ella es irlandesa; él, impresor, jardinero, mecánico, taxidermista, constructor de pirámides... Nuestra seguridad, la de los pasajeros que viajen con nosotros, la de los turistas que coincidan en un radio de acción de unos quinientos metros, estará asegurada. Pero no sé si el viaje no quedará desprovisto de toda brizna de aventura.

Estamos en su casa tratando de reservar los billetes de avión por Internet. A mis ruegos de que Álvaro pinche en las casillas de “embarque preferente” y “seguro de viaje”, se niega. Pero también al de una habitación para cuatro. Alissa dice “no pienso enseñagte mis bggagas”.

Todas mis demandas son desestimadas, pero no me condenan en costas al no apreciar en ellas mala intención— ¡cómo va a albergar uno deseos de voyeur con las buenas amigas!— ni temeridad. Lo cierto es que ella estaba sumamente atractiva. A su buen natural y rubicundez, se sumaba hoy una voz ronquísima y graciosa de fuerte afección catarral. Un castellano defectuoso emitido desde la ultratumba tiene el encanto de alejar el retraimiento natural que padece un varón del pleistoceno —no creo que en lo esencial hayamos avanzado nada— ante las walkirias.

En fin, parece que viajaremos del 23 al 29 de junio. Quedé impresionado por la rapidez con que cobran los billetes en la tarjeta de crédito. Antes de que el ordenador cambiara de pantalla y lo confirmase, Álvaro había recibido el pitido del cargo en su móvil: “Son muy rápidos, son catalanes, tengo la cuenta en la Caixa”.

Queda por reservar el hotel. Pedí, otra vez sin éxito, quedarnos en el “Edward Lear”, una mansión decadente que había sido residencia del escritor del mismo nombre. No se han decidido por ninguno.

Me están obligando a comentarlo, a pedir información a quien se me ponga a tiro. Alma dice que soy “muy de pueblo”, que voy aireando lo de Londres como si fuéramos los únicos que viajamos. Recuerda siempre que en Florencia, donde pasamos una semana hace años, me demoraba lo increíble para abrir el portón que daba a nuestro apartamento. Pilar, una amiga, había conseguido una beca para dos meses y como ya era funcionaria, se la había gastado en el alquiler. Estábamos en la plaza del mercado viejo, entre los Uffizi y el Ponte Vecchio. No quería hurtar la emoción a cualquiera de los turistas japoneses o americanos que pasaban continuamente frente a nuestro edificio renacentista, de pensar que, sin duda, yo era un descendiente directo del Brunelleschi.

*

Por mi edad, soy francófono. En el bachiller de los sesenta no existía la pérfida Albión. Hace cuatro años tuve que ir a París por motivos de trabajo. Días antes veía la TV5 y comprendí la esencia y pujanza de la francofonía. Algunas clases particulares y la promesa de que no tendría que intervenir públicamente en el curso, me animaron al viaje. Durante el cóctel, después de la presentación, en el primer día de trabajo, comencé a engullir canapés para no tener que soltar prenda y dejaba la mirada perdida hacia los ventanales o el techo. Pero alguien me hipnotizó y paró en seco aquel atolondramiento. Una rubia estupenda avanzaba segura hacia mí. Me atraganté, creí morirme, me recuperé milagrosamente, respondí a su saludo y charlamos un rato. Me dijo que tenía un acento formidable. Era psicóloga. Cuánto recelo de los de su gremio, pero estuve a punto de pedirle el teléfono. Mi autoestima se había subido a la enorme lámpara de araña del salón.

Ahí quedaba pues, con gracia torera, como molinetean-do, mi innata predisposición a pronunciar bien en cualquier idioma. Qué le vamos a hacer. Mis hijos son excelentes músicos, sin duda gracias a la herencia paterna.

*

Cecilia me pasó algunos discos de su hermano Lionel. En uno de ellos estaba el *One* de U2. Yo había perdido mi versión cantada en directo en Sarajevo, durante las guerras balcánicas, con un coro de niños y un vaivén arrullante de sintetizadores. Imprimí la letra (one love / one life / when it's one need / in the night...) y lo puse en el coche. Al ir hacia la oficina, el sol apareció entre nubes en una calle que lleva a una plaza céntrica, con la imagen de una virgen en lo alto. Tuve

una visión como cinematográfica, coincidieron allí variados efectos especiales que me hicieron perder por un instante la conciencia, el amarre al piso. La luz me cegaba, la música me ensordecía y delante de mí, de un pequeño autobús, empezaron a salir extraños personajes con una cadencia como de estar todavía zambullidos en el líquido amniótico o flotando en la ingravidez espacial. Eran retrasados mentales, de sonrisa beatífica, de edad indefinida, y se apoyaban unos en otros con movimientos algodonosos. Bajé las ventanillas; “love is a temple / love a higher law”. Tenían que oír mi música igual que yo sentía su desgracia y la mano despiadada del dios inmisericorde. Los pitidos de los coches que estaban detrás me obligaron a secarme rápidamente las lágrimas.

*

La tranquilidad en el trabajo o en la lectura de las mañanas de domingo se ha visto hoy turbada por la entrada orgiástica del sol. Mañana de domingo de este invierno que aún dura hasta este dieciséis de mayo. Para cambiar a lectura de primavera, barzoneo por los estantes de la biblioteca tratando de decidirme por algún brote verde; son muchos los libros por leer. Pero el frío está todavía en los huesos y las nubes bajas han durado tanto... Vuelvo a buscar cierta ornamentación melancólica. Escojo de entre los que están en el suelo, todavía sin acomodo, *La voz a las tres de la madrugada*, de Charles Simic y busco un poema, “Shelley”, porque en su momento, al leerlo escuchando el “Ombra mai fù” del Jerjes haendeliano, sentí esa picazón y ojos llorosos, entre otros efectos, que debe producir –dice Robert Graves– la poesía. Aunque si en vez de a Graves citase a Galdós, tendría que decir que se me alegraron las pajarillas.

Agradecimiento especial a Manuel Vicente González

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

© Avelino Fierro

© EOLAS EDICIONES

Diagramación: contactovisual.es

Diseño de portada: Javier Cardo

ISBN: 978-84-15603-50-4

Depósito legal: LE-569-2014

Impreso en España - Printed in Spain

La poesía, las emociones y el viento frío, hicieron que las cosas y personas se mostrasen diferentes; reparé en lo que otros días, en ese mismo trayecto, pasaba inadvertido.

Vi los humos de los coches haciéndome señales, queriendo decirme algo; noté cómo una piel se ajaba bajo un oscuro gabán raído y de un sucio gris cual manada de lobos; vi, como petunias brillantes, las pústulas en las manos de un mendigo que pide en su esquina desde hace meses a primera hora y me detuve a leer su cartel (esos carteles que parecen hechos en el mismo cartón, por la misma mano, con la misma leyenda y las mismas faltas de ortografía); y un rubor y rosas de papel quemando las mejillas de una adolescente; sentí el latido de corazones angustiados por flores muertas y símbolos negros, aromas azules aventados por los párpados de un enjambre de soñadores. En un mismo tramo cercano a la plaza de Las Cortes, disfrazada de repartidora de correos, Susan Sontag me sonreía y Tony Judt me saludaba con las manos llenas de hollín; él y yo sabíamos que venía de escribir ese hermoso capítulo, “Austeridad”, que está en *El refugio de la memoria*.



EOLAS
ediciones



ISBN: 978-84-15603-50-4



9 788415 603504